

WASHINGTON

XIX

NO obstante estar molido y semidescoyuntado por la noche que acababa de pasar, y que pedia más mi cuerpo descanso que emociones de viajero, era forzoso aprovechar el tiempo, y tenia contados los minutos de nuestra detencion en la gran capital de la Union.

Rey y señor puede considerarse cualquiera de nuestros cafesuchos de segundo orden, comparado al cafecito en que pedimos un *tente en pié* y sirve como de apéndice á esa estacion, que es la antigua y la conocida con los nombres de "Baltimore" y el "Ohio."

Desnudas paredes, un mostrador mezquino, con seis botellas por banda en la armazon del respaldo, tres mesas en menguante, pelonas como una bola de billar, y un piso de asfalto capaz de enfriar la inspiracion del propio Lord By-

ron, hé ahí el ajuar del paradero aquel, al que no me atrevo á repetir el dictado de café.

Soñolientos los criados, el café frio, el pan helado y con elasticidad desesperante, tal fué nuestro desayuno.

Miéntas lo servian, me decia Francisco :

—Componte esa corbata, que estamos en la capital de los Estados- Unidos, alíñate y enderézate, que has tocado en la alta residencia de los Poderes de la Union, como quien dice, al fiel de la balanza de ese conjunto de reinos que se llama Nacion Americana, la fundada por Washington mismo, quien colocó la primera piedra. Al distrito de Colombia tocó la suerte de albergar los poderes supremos, Maryland vendió el terreno, que ya verás, se extiende á la orilla del rio Potomac, de tanta celebridad histórica.

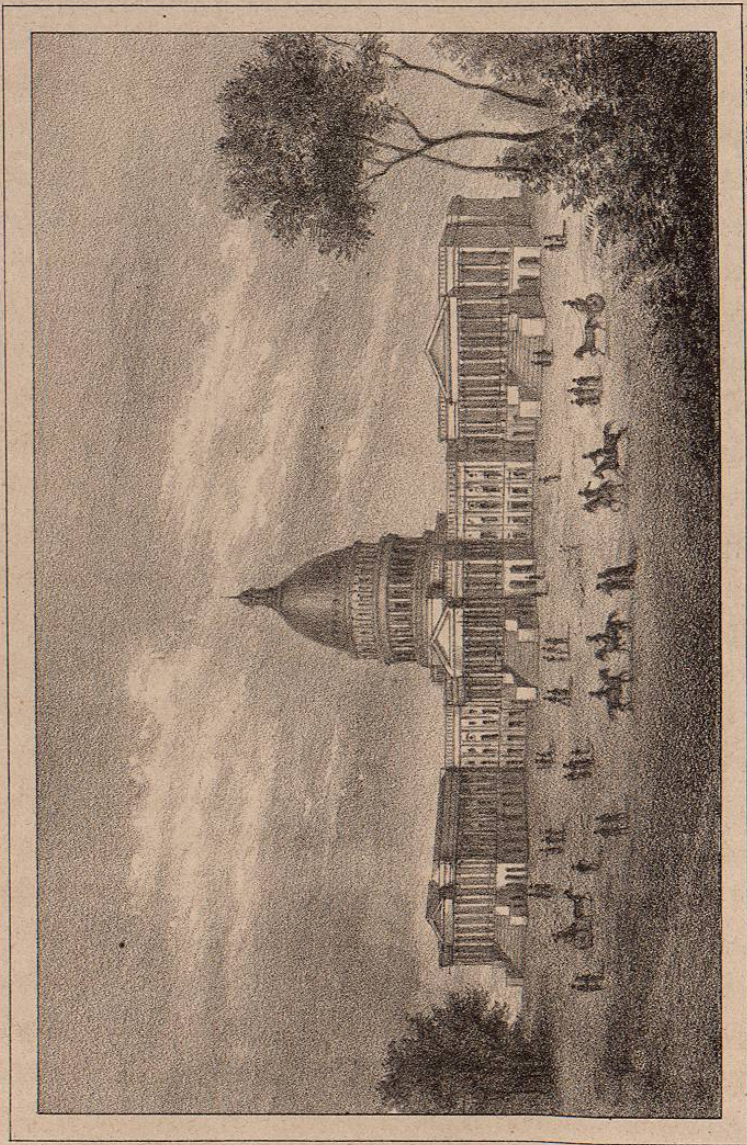
—La ciudad es novísima, expuse á Francisco, creo que se designó su sitio en 1790, y diez años despues se trasladaron aquí los poderes, ántes residentes en Filadelfia.

Dimos á guardar nuestros sacos en el cafecito, y salimos en pos del Capitolio.

Pero es el caso, que aunque todo yo me volvia ojos, no habia sino llanuras verdes, secciones de tierra cercadas con esmero, y á distancia, y aquí y acullá, grandes edificios, columnas y cúpulas; pero en cierta dispersion y como si estuvieran en solitaria expectativa.

—Sábeta, dije á Francisco, que he venido á ver lo que me parecia un chiste de mi maestro Cardoso; es decir, una ciudad en el campo: me parece que voy andando por los alrededores de Mixcoac ó San Angel.

—Deja que torzamos esa esquina, y ya hablarás de otra manera.



El Capitolio de Washington.

En efecto, á pocos pasos tocábamos en la grande Avenida de Pensylvania, dilatadísima calle, sombreada por frondosísimos árboles. La avenida tiene una extension de setenta varas, poco más, de amplias banquetas y pavimento sólido y terso como una sola losa.

—Ese es el famoso asfalto de Neuchatel... Vuelve por aquí, dijo Francisco.

Aunque á gran distancia, es decir, á mil quinientas varas, percibí en medio de arboledas, descollando gigantesco y estupendo, el Capitolio. Rodeábalo y perfilaba su elegante cúpula el sol naciente, y salía de entre la verdura como en ascension fantástica.

Como al flotar bajo el cielo azul, en el éter purísimo, distinguía un primer semicírculo de altísimas columnas, como la mitad de un inmenso circo ceñido por salientes cornisas, base y engaste de otro semicírculo más recogido, tambien con sus columnas y con ventanas interiores que se destacaban con la vivísima luz del sol, calando y cincelando la primorosa arquitectura.

La segunda columnata como que la ciñeafiligranado anillo con huecos como calado exquisito, y de allí arranca en gajos, el cierre de la cúpula, cuyo remate es una linternilla en forma de delgados, pero esbeltísimos pilares, que sustentan una peana, sobre la que se enseñoera triunfal y poderosa la estatua de la Libertad.

Francisco me dejaba gozar en silencio mis impresiones y detenía sus pasos, miéntras yo hacia mis apuntaciones, advirtiéndome prudentemente con ver el reloj, que teniamos poco tiempo disponible.

Aunque los árboles, los sembrados, las mil flores y los

edificios eran para distraerme, yo, con los ojos hacia el Oriente, caminaba y estaba en el centro del-parque hermosísimo, que rodea esa parte del Capitolio y se cuida con particular esmero.

A medida que ascendía el terraplen que lleva á las primeras gradas del monumento épico, éste iba como saliendo de entre las ramas y apareciéndoseme en toda su majestad.

Subí la primera escalera y me encontré como sobre una muralla ó talus, desde donde comenzaban á dominarse los alrededores: despues de la segunda escalinata, ya se tiende la vista sobre campiñas y vegas deliciosas, se perciben columnas y agrupamientos de casas y grandes edificios aislados al Norte, miéntras en la parte Sur el campo, los árboles y las aguas se esparcian en festin alegre, recreando los sentidos.

Aunque no me encontraba convenientemente colocado para contemplar el conjunto del grande monumento, admiré el pórtico saliente y de estilo griego que se acentúa en la medianía de dos extensas alas con sus grandes ventanas en la base, columnas y cornisas soberbias en la parte superior.

Muros y columnas son de mármol blanco; pero con tal primor pulimentado, que compite en brillantez y hermosura con el cristal. Todos los fustes de esas columnas de diez varas, son de una sola pieza.

Penetré, pues, al Capitolio y me encontré en lo que se llama la rotonda, es decir, bajo la inmensa cúpula cuya elevacion sorprendente la hace augusta y la reviste de especial magnificencia.

Los rayos del sol que caian como desprendidos de la reverberación de los cristales, la luz que corría y como que se

precipitaba de las rasgadas ventanas y las magnificencias de la arquitectura, me tenían absorto.

En el gran salon octágono que está abajo de la rotonda y que no tiene mueble ni adorno que llamase mi atención, se ven algunas pinturas de mediano mérito, que, no obstante, contienen brillantes páginas históricas.

Esas pinturas, que recuerdo en desórden, porque no tengo á mano la Guía ni tiempo para buscarla, representan:

La declaracion de Independencia, con los retratos de cuerpo entero y excelente parecido, segun la voz general, pero que no merece mucho crédito despues de trascurrido tanto tiempo.

La rendicion en Saratoga del general inglés Burgoque, en 1777.

Rendicion de Cornwallis, en Octubre de 1781.

Renuncia de Washington.

El bautismo de la india Pocahontas, 1613.

Descubrimiento del Mississippi por Soto, en 1541.

Desembarco de Colon á la Isla Española, en Octubre de 1492. Este cuadro es de Vauderling, y tiene bastante mérito.

Embarque de los peregrinos en Holanda.

La altura de la rotonda es de más de sesenta varas, su diámetro de treinta y tres; en la parte de que arranca la cúpula se ve un círculo de pilastras, de las que penden guirnaldas que circundan los bustos en relieve de Colon, descubridor del Nuevo Mundo; Cabot, Raleigh y La Salle.

Además, y en los mismos entrepaños en que caen las guirnaldas, se ven otras composiciones de bajo-relieves

que se refieren á las conferencias de Guillermo Pen con los indios, el conflicto de Daniel Boone con los mismos y el acto heroico de la india Pocahontas, que bien merece una leyenda.

Pocahontas era una india linda como la hora del crepúsculo cuando cierra sus ojos viendo los lagos de mi patria.

Hija del caudillo indio Prohatan, le seguía en sus campañas, y estaba presente cuando su tribu valerosa hizo prisionero al capitán Smith y le mandó sacrificar.

Pocahontas se conmovió á la vista del prisionero; lloró, suplicó, y viendo que todo era inútil y que se iba á consumir el sacrificio, se lanzó donde estaba Smith, colocó su cabeza junto á la suya en el tajo que debía inmolarlo. . . . y el feroz caudillo mandó suspender la ejecución, porque adoraba en su hija.

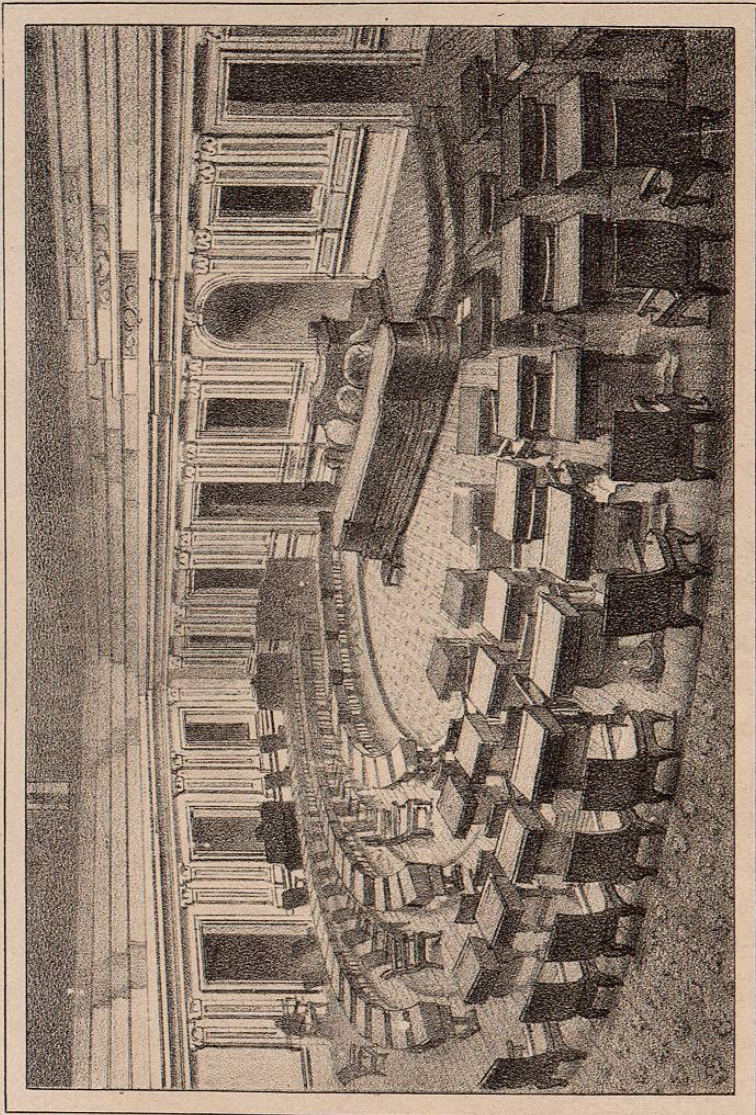
Es de suponer que en todo este paseo me acompañaba Francisco corrigiendo mis errores, rectificando mis dudas é instruyéndome, porque yo solo no le hubiera encontrado punta á la hebra.

—Ya estás ensartando una novela y no tenemos sino hora y media, Guillermo; dáte prisa, y deja en paz á esa india que te está preocupando, cuando el tiempo no lo permite. Ven por aquí. . . .

—Tú sabes, le dije de qué autor son esos bajo-relieves?

—Son de dos discípulos de Canova, uno de los cuales se llama Capitani.

Atravesamos por un intrincado laberinto de columnas, subimos, cruzamos corredores magníficos, en los que se distinguían grandes salas con sofás, espejos, mesas de mármol, candelabros y lámparas, y al fin nos asomamos á un



Cámara de Diputados.

E. J. P. ROMERO, MÉXICO.

barandal, desde donde vimos, inclinándonos, la *Cámara de Diputados*.

Es la Cámara un rectángulo. En el centro de uno de sus lados más largos se suben dos ó tres escalones y se extiende un ancho estrado en cuyo centro se ve una mesa de mármol, en la que se coloca el secretario y algunos de sus dependientes.

Siempre contra el muro y dominando la mesa, hay otro estrado más pequeño en que estaba un sillón frente á una pequeña mesa de mármol; allí, solitario é incomunicado, se sienta el *Speaker* ó presidente de la Cámara, que tiene á su derecha un martillito ó *mayeta* con que golpea la mesa para llamar al orden, porque no hay campana.

En el piso del salon, y frente á las mesas del secretario y el *Speaker*, se abre en abanico semicircular la sillería, colocados asientos de dos en dos, con bufetes dobles á su frente, que tienen recado de escribir, papel, etc. Al pié de los asientos de cada diputado, hay sus ventiladores con sus rejillas y su tapa, que se cierra á la voluntad de cada individuo á quien corresponde. En verano, por esos ventiladores sopla el aire fresco, que impulsa un ingenioso aparato de abanicos, y en invierno penetra aire calentado en hornos á propósito, que existen en el subterráneo.

No hay tribuna: cada diputado hace uso de la palabra en pié, al lado de su asiento.

—Ojalá hubiera podido venir, dije á Francisco, en un día de sesion.

—Poco hubieras ganado.

—Entonces, tal vez sea cierto lo que me han asegurado personas formales; es decir, que de lo que ménos parecen